

El show de Luzzatti

valentin prieto



Capítulo 1

Ha quince kilómetros por la 165, partiendo claro está desde el majestuoso San Rafael, se llega hasta el distrito de Cañada Seca. Por cualquiera de los cuatro puntos cardinales solo se ve lo mismo que vieron aquellos que llegaron hace ya tantos años al lugar: Sueños.

Todos los días tomo esa ruta debido a la naturaleza de mi trabajo. Todos los días admiro el primigenio atardecer que desborda en el horizonte, mientras tiñe de un oscuro naranja árboles y montes. No me detendré a nombrar muchas de las cosas que por allí delante observo al pasar con mi auto, pero si diré que, hace varios meses, tuve que desviarme del camino habitual debido a unas obras que se estaban llevando a cabo.

El nombre del paraje me era desconocido y se constituía a 5 kilómetros adentrándose por un viejo camino cuyo asfalto estaba desquebrajado por su antigüedad. Todo lo demás era...perfecto. Viñas, fincas, árboles frondosos y alguna que otra parcela destinada al secado de frutas. Detuve el coche frente a una casa donde, gracias a una serie de letreros, me habían dado a entender que allí funcionaba una especie de pequeño almacén. Ha juzgar, parecía ser el único a varios kilómetros a la redonda. Una brisa me saludó apenas abrí la puerta del auto y me obsequió la increíble sensación de amor que siempre he sentido por esta región. La fragancia de las plantas se mezclaba en un exquisito perfume de campo que guardaba el dulce secreto que guardaba aquel lugar. Lo más peculiar fue el sonido de unas...unas risas. Carcajadas tenues que se disiparon en pocos segundos. Era posible que por aquí cerca se estuviera llevando a cabo un cumpleaños o alguna especie de congregación vecinal.

Diez minutos más tarde había entablado una alegre conversación con el dueño de aquella casa-almacén. Lo mejor de todo, y no solo la compañía de aquel hombre bonachón de amplia sonrisa, era la pequeña botella de vidrio que contenía la bebida gasificada que tanto estaba disfrutando. Nos sentamos en un tronco seco que servía de banco y nos sumimos en una de esas espontaneas charlas informales – El sonido había regresado acompasado con música...sutil, melódica... ¿un bandoneón? No no, se asemejaba más a un acordeón –

Entre tantas palabras, no se me olvido profesar mi amor incondicional por el verde que me rodeaba y declararle al extraño mis futuras intenciones de adquirir algunas hectáreas de tierra; y mejor aún si eran por aquí cerca, este lugar me tenía locamente hipnotizado.

Antes de despedirme repiquetearon dentro de mí aquellas risas traídas por el viento y que desencajaban de ese paraje tranquilo y taciturno. Le pregunté al hombre si por aquí cerca se estaba llevando a cabo algún tipo

de celebración y, para mi sorpresa, su respuesta fue algo inesperada.

- Eso que escucha es el show de Luzzatti- El avejentado bonachón levantó la vista y dejó escapar un suspiro. Seguíamos sentados en el tronco, mirando la calle y lo que estaba más allá, detrás del horizonte. Al cabo de media hora volvía a casa con una historia bastante peculiar.

A solo unos pocos kilómetros de aquella casa había una tranquera de color púrpura con varias flores pintadas; Rojas, amarillas, azules, todo un arcoíris floral. "Parece la entrada a una comuna hippie" - habrían dicho las personas al pasar por su frente, nada más lejos de la verdad, las tranqueras conducían a un camino de tierra y por este, se llegaba a una pequeña finca perteneciente a un hombre de apellido Lozzatti.

Los detalles eran escasos por lo que la historia parecía tener más carácter de leyenda que de hecho verídico, pero eso no tranquilizó a mi corazón, y menos aún, cuando realmente descubrí aquella surreal tranquera. Paré el motor y solo bajé el vidrio; Por algún extraño motivo no me atrevía a pararme frente a esa entrada. Esos colores transmitían algo totalmente ajeno a la felicidad y la alegría, emanaban emociones muy contrarias a las que habría querido plasmar el artista con aquella obra. Como si alguien hubiera presionado el botón de alguna especie de grabadora, la historia pronto comenzó a reproducirse tal cual me la narro el viejo almacenero:

- Sino no me equivoco esto ocurrió hace unos 25 años si no me equivoco. Antonio Luzzatti era un jubilado que había comprado aquella finca. Lo habría visto algunas veces en las peñas que organizábamos en mejores tiempos. Si crucé alguna palabra con él, solo habrá sido un cordial saludo, nunca me agrado aquel italiano bajito con su bigote perfectamente estilizado. En el diario publicaron un artículo totalmente dedicado a su persona, luego de tantos otros dedicados a lo ocurrido. Parecía ser que Luzzatti fue un refugiado durante la segunda guerra mundial que vaya a saber uno como vino a parar a Mendoza. Excelente acordeonista aunque su profesión, o lo que él decía que era su verdadero trabajo, era la de artista, más concretamente, era un payaso. Uno que nunca me hizo reír mucho a decir verdad.

Lo vi tocar algunas veces y si, era un profesional con el instrumento, un verdadero maestro del viejo continente; por lo demás sus chistes eran malos muy malos. Recuerdo que contó uno que había durado como diez minutos solo para rematarlo en alguna frase italiana poco comprensible y algunos movimientos un tanto patéticos. Usted se imaginará la cara de nosotros ante aquellas malas funciones, pero se las arreglaba bien con la tonada de su acordeón para no caer en la desaprobación total de la gente.

Se comentaba que en sus pagos, según lo que leí provenía del sur de Italia, era famoso por sus cuentos aunque aquí, en una tierra hermosa

pero extraña, en un lugar que no era su hogar y gente que no era su familia, lo habría hecho caer en la depresión; En tanto por la tristeza y otro por su poca fama, la cual seguro rebozaba de esplendor en su tierra natal. El tano vivía bajo un reflector quemado desde hace ya muchos años.

Ocurrió a finales de enero. Se había organizado una peña previa a la vendimia y había sido idea de Luzzatti, quien se encargó incluso de invitar a gente que vivía varias hectáreas de aquí. Yo estaba visitando a unos parientes lejanos en San Luis pero al final, concurren ciento diez personas, entre ellas había más de veinte niños. Nadie lo podía creer, imagínese para aquellas gentes, todas trabajadoras del campo, encontrarse con una carpa colorida en medio de la finca. Había globos, flores, pequeños sombreros e incluso pochoclo elaborado por alguna de las vecinas que gustosas le habían prestado ayuda al payaso casi retirado.

El evento en la carpa se llevaría a cabo al atardecer asique por lo pronto, asado y vino, tan fuertemente arraigados en la esencia misma del Argentino, llenaban las pansas de los invitados. Risas y música, chismes y chistes, todos sonaban por la estancia junto con los aplausos y brindis dedicados al anfitrión.

Cuando todo se tiñe de un melancólico naranja y la gran estampa amarilla se retiraba detrás del monte, Luzzatti subió a una silla e invitó a todos a pasar a la gran carpa. Las personas, satisfechas y alegres, se incorporaron y entraron por la abertura de esta. Unos tabloncitos de madera hacían de asientos y, en el centro, había una pequeña tarima para nuestro *pagliacci* local. Nadie paró a recabar como había hecho el pequeño italiano para pagar aquel lujo, solo para deleitar por un día a sus vecinos.

Ya todos sentados, apareció Luzzatti en el centro junto a su fiel instrumento. Estaba maquillado y llevaba puesto un increíble y deslumbrante traje lleno de lentejuelas; miles de colores que refulgían al ser tocados por la luz de los dos únicos reflectores instalados. El murmullo disminuía con cada segundo que el payaso permanecía inmóvil, tieso, en medio del escenario. De pronto comenzó la música, una tonada jamás escuchada en esa parte del mundo. Era su secreto, la fórmula que lo había llevado a la gloria en otra época. Los cuentos acompañados del dulce sonido transportaban a aquellas almas a lugares a los que jamás hubieran podido llegar; pueblitos de cuentos de hadas o ciudades habitadas por extraños personajes enmascarados. La emoción y la risa de hombres y mujeres humildes; la magia y la comedia infinita. Las mujeres se tapaban la boca conteniendo las carcajadas, los hombres se desprendían el cinturón para aligerar la carga y los niños expresando el júbilo y la inocencia en sus rostros. Todo era felicidad y diversión. Toda era la gloria que renacía desde las cenizas. El payaso había recuperado su fama y se nutría de todos ellos. Sus lágrimas salían de sus pequeños ojos haciendo

relucir su cerúleo rostro a la vez que se le corría el maquillaje. Nadie olvidaría jamás aquel espectáculo, aquella sensación de fraternidad entre los vecinos, el gozo y la alegría que transmitía aquel hombre. Las ciento diez personas, incluidos Luzzatti, murieron con una sonrisa en sus rostros aquella tarde de verano.

Aun reflexiono cuando no puedo dormir en mi cama y veo por la ventana hacia la noche. Me alegro mucho no haber llegado a mi casa sino dos semanas después de lo ocurrido. No habría soportado ver las bolsas que sacaba la policía de esa carpa maldita. No hubiera soportado siquiera ver las pequeñas. Luzzatti había cerrado la entrada de tal forma que era imposible salir. No me acuerdo de la cantidad pero decían que nunca habían visto tantos tubos de gas de la risa, óxido nitroso, detrás de la gran lona; montados y conectados de forma casera. Se vació todo su contenido dentro de la carpa. Todos murieron de la risa...y la asfixia. Todos habrían creído en la magia que desprendía el payaso pero en realidad era el gas que estaba jugando con sus cabezas.

Verá, parece que al final, el desdichado payaso se fue de este mundo de la forma que él quería: Con un inolvidable show acompañado de un gran público. –

Encendí el motor y comencé a subir la ventanilla. En ese instante la misma brisa que me había recibido en el almacén se coló dentro y me besó la mejilla; ya no era amor sino todo lo contrario. El paisaje había adquirido una tonalidad extraña, casi ominosa. Vi por última vez aquella tranquera de colores chillones con el cartel oxidado que rezaba "Se vende". Llevaba mucho tiempo allí. Me reincorporé al camino con un solo pensamiento en mi cabeza: ¿Podría seguir amando este lugar a pesar de que el show de Luzzatti continuaba hasta el día de hoy?

Me asuste al responderme a mí mismo que sí.

Desde un viejo camino olvidado. Un otoño.